



LLEVAMOS UNA BUENA NOTICIA EN EL CORAZÓN

El Evangelio de los domingos en las escuelas Franciscanas Ana Mogas

Un domingo más, Lucas nos presenta el tema de la oración. Y lo hace desde una perspectiva nueva, con unos personajes muy claros y definidos con los que podemos identificarnos. ¿Cómo nos relacionamos con Dios? ¿Como el fariseo o como el publicano? Al final, nos dirá Lucas, nuestra relación con Dios y con las demás personas deja al descubierto quienes somos, qué pensamos de nosotros mismos, dónde ponemos nuestra confianza, qué consideramos éxitos o fracaso, etc.



Abramos nuestro corazón a esta parábola, aparentemente sencilla, con un final que nos puede sorprender y dejar al descubierto muchas de nuestras falsas seguridades.

El evangelio de este domingo, en el mes de octubre, declarado por el Papa mes misionero y después de haber celebrado el pasado día 20 la Jornada Misionera del Domund, abre nuestros horizontes: ¿Cómo nos relacionamos y nos preocupamos de tantas personas que no conocen a Dios? Nuestra relación con Dios, ¿nos lleva a preocuparnos y colaborar en la acción misionera de la Iglesia?

Lucas 18, 9-14

El evangelio de hoy nos presenta una parábola de Lucas muy conocida, *“El fariseo y el publicano”*. Como toda parábola, parte de una situación habitual en el ambiente de Jesús, situación que a todos les resultaba familiar y, a través de este relato nos lleva a una conclusión totalmente distinta de la que el pueblo y sus autoridades religiosas, predicaban y creían. Debajo del ropaje de la época seguro que también nosotros encontramos a personajes semejantes en nuestro entorno y ojalá nos dejemos sorprender por Jesús.

“En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola:

Lucas nos deja muy claro a quién va dirigida la parábola, **su intencionalidad**. A aquellos que “se tienen por justos” y están “muy seguros de sí mismos”. Es decir, los que se consideran buenos y no necesitan ya la ayuda de Dios. Los que piensan que son buenos “por su propio esfuerzo” porque se lo han ganado a pulso, ellos mismos.

Y añade una tercera característica. Como consecuencia de ser buenos “desprecian a los demás” a los que han juzgado y los han encontrado “peores que ellos”.

Esta característica nos chirría, **¿cómo va a creerse bueno quien desprecia, juzga y no ama a los demás?**

Pero la parábola hoy va dirigida a nosotros. ¿No somos de los que muchas veces nos sentimos buenos, mejores incluso que los demás? Para nosotros también va la advertencia de Jesús: Cuidado que esa manera de relacionarse con Dios os cierra la puerta a la verdadera oración, al encuentro con Dios, el único que puede salvarnos y hacernos buenos.

«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano.

Este versículo nos da el **contexto de la parábola**. Se desarrolla en el **Templo**, el lugar de oración por excelencia de los judíos. El lugar “sacro” en el que Dios moraba y, por lo tanto, al que acudían a encontrarse con Él.

Y la protagonizan dos personajes muy definidos, uno fariseo y otro publicano. No tienen nombre, solo su pertenencia a ese grupo social y religioso los identifica. Es una **elección de personajes muy radical** y muy clara por parte de Jesús. Representan actitudes opuestas: la autosuficiencia y la humildad.

Recordemos que los fariseos eran un grupo muy religioso, que se tenían por “puros”, separados de otros grupos, como los saduceos, que relativizaban los preceptos de la Ley. Los

fariseos creían en la resurrección de los muertos, en la libertad y en el premio o castigo por parte de Dios según las obras de cada uno.

Los publicanos eran los recaudadores de impuestos. Cobraban a los judíos un dinero que entregaban a los romanos. Eran considerados traidores a su pueblo, por lo tanto, a su religión y a su Dios, y colaboradores del enemigo invasor. Además, tenían fama de ladrones y de no conocer ni cumplir la Ley, por eso estaban fuera de la salvación.

Teniendo en cuenta las características de un grupo y otro entendemos mejor lo provocativa que es la parábola.

El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo."

El evangelio no nos dice cómo son cada uno, nos los define solo a partir de su oración. Cómo nos dirigimos a Dios nos dice qué pensamos en lo más profundo de nosotros mismos.

Si nos fijamos en la oración del fariseo vemos que no es una oración de petición, ni tampoco de acción de gracias. Él no pide nada, empieza dando gracias, pero se nota que solo expresa su valía, como mérito propio. Parece que está invitando a Dios a que le agradezca lo bien que cumple la Ley, incluso más allá de lo establecido. Por ejemplo, ayuna dos veces por semana, cuando lo obligatorio era una; paga el diezmo de todo lo que tiene cuando era habitual buscar todo tipo de trampas para pagar menos que el diez por ciento.

Es significativa la postura corporal: "erguido". Aunque ordinariamente los judíos oran de pie, no deja de ser llamativo que Lucas lo especifique. La postura corporal expresa mucho sobre nuestra persona y estado de ánimo... Hoy tenemos en cuenta esto y valoramos la oración que se expresa con todo el cuerpo.

Percibimos en todo momento, de forma casi inconsciente las posturas de los demás y las sentimos como acogedoras, amenazadoras, altivas, humildes... incluso antes de que nos hablen.

¿Cuál sería nuestra postura apropiada, coherente, ante Dios?

El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador."

No nos dice el evangelio en qué parte del Templo estaba el fariseo; el publicano "se quedó detrás" y además "sin atreverse a levantar los ojos al cielo". Pensemos en la diferencia entre ambas posturas. El publicano no trata a Dios como "un igual al que le debe algo" sino como a su Dios al que no se atreve a mirar porque se siente pequeño ante Él. Y "se golpea el pecho" expresando físicamente que, de su corazón, de lo más profundo de su persona, salen, no solo sus obras, sino la oración confiada a Dios.

No repasa sus méritos, que en verdad no los tiene, tampoco habla de los demás. Solo expresa su experiencia y necesidad más profunda: *Ten compasión de mí que soy un pecador.*

Si, como nos dice en otro pasaje en evangelio: *“Nadie es bueno, sino sólo Dios”* (Mc. 10, 18) el publicano reconoce su verdad, su necesidad de la salvación de Dios. Y pone su realidad, confiadamente, en manos de Dios. No se justifica, no promete nada... solo pide la misericordia de Dios, sincera y confiadamente.

Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»

Y aquí viene lo sorprendente de la parábola: Este, el publicano, el que en verdad era pecador, fue el que salió de su oración “justificado”, salvado, “a bien con Dios”, reconciliado. Salvado por Dios, no por sus obras. Muchas veces seguimos pensando todavía que Dios nos salvará porque hacemos buenas obras. Parece que el evangelio de hoy nos abre un camino distinto: porque Dios nos perdona y nos salva es por lo que podemos hacer buenas obras. Estas no son la causa de nuestra salvación, sino la consecuencia del amor gratuito y misericordioso de Dios a cada uno de nosotros. Un camino de gracia y alegría, no un camino de esfuerzo y juicio.



Entrar en este camino nos lleva a descubrir cuáles son las claves del juicio de Dios sobre las personas. Claves en las que Lucas insiste a lo largo de su evangelio. Recordemos entre sus muchos personajes, aquellos por los que Dios apuesta: el samaritano, el hijo prodigo, el jefe de publicanos Zaqueo, la magdalena, la viuda... los últimos de la sociedad, aquellos que “no conocen la Ley ni la cumplen”.

¿A quién nombraríamos hoy? Planteémonos como juzgamos nosotros a los demás, ¿a quienes consideramos justos? ¿Nos tenemos por justos o por pecadores? ¿Nos ganamos la salvación o humildemente y confiadamente la pedimos al Señor?

Pistas para acoger la Palabra

1. Personalmente

La parábola de este domingo es suficientemente clara y sencilla como para interrogarnos profundamente, sin perdernos en razonamientos. Deja que sus palabras resuenen en ti e intenta verte reflejado en gestos y palabras de sus personajes.

- ¿Cuándo soy fariseo o publicano ante Dios?

- ¿Cuándo trato a los demás como el fariseo? ¿Cuándo me siento mejor que los demás y sutilmente se lo echo en cara?
- ¿Cuándo hablo de los demás, profesores, padres, alumnos... desde arriba, desde lo que yo sé y soy y ellos no?

Te invitamos a orar con la primera parte del Salmo 25, o a terminar con una oración de confianza en Dios. También puedes escuchar en ambiente de oración esta canción de Salomé Arricibita: Convierte mi corazón

<https://www.youtube.com/watch?v=WoidxKOVjMY>

2. En la clase

En este enlace encontrareis sugerencias y abundante material para trabajar este evangelio con los niños de diferentes edades

<https://docs.google.com/presentation/d/1KZjNwi4FAZbQOJHbWbzL97vILOjKBh4xR8XIeuaP9U0/edit?usp=sharing>

Si no eres usuario de @edu.anamogas.org, puedes acceder a los materiales aquí.:

<https://anamogas.org/content/bn-27-10-19materiales>

3. En la familia

- ✓ Después de leer el texto y sus comentarios podemos dialogar sobre lo que más nos ha sorprendido, lo que no entendemos, lo que más nos ha gustado...
- ✓ Como ya hemos reflexionado varios domingos sobre la oración, podemos extender hoy nuestra reflexión del evangelio a las posturas que tomamos ante Dios y en nuestra relación con los demás.
 - ¿Cuándo somos como el fariseo o como el publicano?
 - ¿A quiénes valoramos?
 - ¿Cómo educamos a nuestros hijos en este campo?
- ✓ Podemos terminar llevando a nuestras vidas y nuestra familia la llamada misionera a la que nos invita hoy la Iglesia. ¿Cómo podemos hacerlo?.